

# CONIMBRIGA



INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA



VOLUME XLIV • 2005

FACULDADE DE LETRAS  
UNIVERSIDADE DE COIMBRA

FRANCISCO JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ  
Universidad de Sevilla

LA IMAGEN DE HISPANIA Y LOS HISPANOS A FINALES  
DE LA ANTIGÜEDAD: LAS *HISTORIAE ADVERSUS PAGANOS*  
DE PAULO OROSIO

“Conimbriga” XLIV (2005) p. 281-299

RESUMEN: Recogemos en este artículo algunas reflexiones sobre la imagen de Hispania y los hispanos en la obra de Paulo Orosio, la primera y única historia universal escrita desde el punto de vista cristiano. Para ello analizamos la figura de Orosio, presbítero de Braga, en su contexto histórico y social, así como los presupuestos ideológicos que determinan su particular visión de la historia.

ABSTRACT: In this article appear some reflexions about *Hispania* and the *hispanos* collected in Paulo Orosio's work, the first and unique Universal History written from a christian point of view. With this propose, we analyze Orosio's personality in his historical and social context, as well as the ideological premises which determine his particular vision of the History.

(Página deixada propositadamente em branco)

## LA IMAGEN DE HISPANIA Y LOS HISPANOS A FINALES DE LA ANTIGÜEDAD:

Las *Historiae Adversum Paganos* de Paulo Orosio

El siglo IV trajo consigo la legalización del cristianismo y posteriormente su establecimiento como religión oficial. La paulatina represión de los cultos paganos, de la que hicieron alarde algunos emperadores como Constantino, Graciano o Teodosio, no es más que uno de los muchos ejemplos de la rapidez con que la Iglesia, hasta ahora perseguida, pasó de la defensa al ataque, con el amparo del Estado, recientemente cristianizado<sup>1</sup>. Las leyes promulgadas por Teodosio entre los años 391 y 392 bajo los auspicios de Ambrosio de Milán, en virtud de las cuales los cultos paganos eran considerados ilegales, prohibiéndose incluso la asistencia a los templos, asestaron el golpe de gracia a la resistencia pagana, que había entrado en un claro retroceso tras el breve periodo de tolerancia favorecido por los emperadores Juliano, Joviano y Valentiniano I<sup>2</sup>. Los miembros del Senado, que asumieron el papel de protectores de la tradición romana y último bastión de la resistencia pagana, fueron derrotados definitivamente en septiembre del año 394 en la batalla del río Frigidus, que enfrentó a Teodosio con el usurpador Eugenio, a la cabeza del último ejército pagano del mundo antiguo<sup>3</sup>. Este largo siglo de disputas se saldó con la consolidación del cristianismo como única y verdadera fe del Imperio, con todas las consecuencias que ello podía acarrear tanto en los planos político o social, como en la esfera cultural.

---

<sup>1</sup> Bloch, H., “El renacimiento del paganismo en Occidente a finales del siglo IV”, A. Momigliano (ed.), *El conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV*, Madrid, 1989, p. 208. Chic García, G., “Andalucía romana y visigoda: perspectiva histórica actual”, *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 2001, p. 36.

<sup>2</sup> Bloch, *ibidem*, pp. 212-213.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 215.

En este contexto los intelectuales cristianos, no sólo más numerosos, sino también más influyentes<sup>4</sup> – baste señalar figuras de la talla de Ambrosio de Milán, Agustín de Hipona o Jerónimo<sup>5</sup> –, toman las riendas de la literatura y la filosofía para terminar de imponerse a la antigua tradición clásica que todavía sobrevivía al margen de los acontecimientos contemporáneos. Va surgiendo una nueva forma de entender la historia del hombre y, en general, de interpretar el mundo, de acuerdo con la visión providencialista que ofrecían el Antiguo y el Nuevo Testamento, fuertemente determinada por una concepción lineal del tiempo que comienza a prevalecer sobre el paradigma clásico del tiempo eterno, cíclico<sup>6</sup>. Todo esto contribuye al desarrollo de una nueva literatura histórica que, sin desvincularse por completo de los géneros tradicionales, va a adoptar formas propias, por cuanto se centra exclusivamente en la historia cristiana y, por consiguiente, en la historia eclesiástica. Aunque algunos investigadores, como Momigliano<sup>7</sup>, están

---

<sup>4</sup> Momigliano, A., “El cristianismo y la decadencia del Imperio Romano”, A. Momigliano (ed.), *El conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV*, Madrid, 1989, p. 23.

<sup>5</sup> Cuyas obras tuvieron un gran peso el posterior desarrollo de la cultura europea durante la Edad Media (Le Goff, J., *¿Nació Europa en la Edad Media?*, Barcelona, 2003, págs. 16-17).

<sup>6</sup> Vid. Eliade, M., *El mito del eterno retorno*, Barcelona, 1992. No olvidemos que para los romanos, al igual que para los griegos, había al menos dos tipos de tiempo: el tiempo eterno o *aevum* (el *aión* de los griegos), un tiempo absoluto donde todo es presente; y el tiempo vivido o *tempus* (*chronós*), el tiempo mensurable, formado por una sucesión de instantes (Dosi, A. y Schnell, F., *Spazio e tempo. Vita e costumi dei romani antichi*, 14, Roma, 1992, p. 10). Frente a esta concepción cíclica el cristianismo acaba imponiendo, procedente de la tradición judaica – que a su vez se inspira en el mazdeísmo persa –, una visión lineal del tiempo: el tiempo tiene un comienzo y tendrá un fin, que no es otro que la salvación y el reencuentro final con el principio de todo, personificado en el propio Dios (Eliade, M., *Lo sagrado y lo profano*, Colombia, 1994, pp. 98-100). A. Bravo García piensa, en cambio, que al igual que en el mundo antiguo, donde predominaba la concepción cíclica del tiempo, existía también una concepción lineal del tiempo, “en el cristianismo – el reino del tiempo lineal – subsisten huellas de una concepción cíclica” aunque, en cualquier caso, no tiene que equivaler a *eterno retorno* obligatoriamente (“*In circuitu impiii ambulans*”. El tiempo en la historia, la religión y la herejía”, F.J. Lomas y F. Devis (eds.), *De constantino a Carlomagno. Disidentes, heterodoxos, marginados*, Cádiz, 1992, p. 54).

<sup>7</sup> Momigliano, A., “Historiografía pagana y cristiana en el siglo IV”, A. Momigliano (ed.), *El conflicto entre paganismo y cristianismo en el siglo IV*, Madrid, 1989.

convencidos de que el cristianismo introdujo una nueva forma de hacer historia, no creemos que se pueda hablar de dos historiografías antagónicas pues ambas, cristiana y pagana, proceden de la misma fuente originaria, que no es otra que la cultura clásica. Sí se produce, en cambio, un enfrentamiento en la literatura entre pensamiento pagano y pensamiento cristiano<sup>8</sup>; o más bien, como propone Dauge<sup>9</sup>, un debate entre romanidad tradicional y romanidad cristiana. Por lo que respecta al contenido, en opinión de Momigliano<sup>10</sup>, “los cristianos inventaron la historia eclesiástica y la biografía de los santos, pero no intentaron cristianizar la historia política tradicional; e influyeron en la biografía normal menos de lo que podría haberse esperado”; de hecho, “no hubo una verdadera historiografía cristiana basada en la experiencia política de Herodoto, Tucídides, Livio y Tácito que fuera transmitida a la Edad Media”, de manera que “los modelos de la historia política y militar permanecieron irremediabilmente paganos”.

La figura del presbítero Paulo Orosio constituye la única excepción dentro del género, pues se basó claramente en los modelos de la historia político-militar para llevar a cabo una obra en la que la polémica pagano-cristiana se convierte en el centro del discurso histórico. Aunque las *Historiae Adversum Paganos* no dejan de ser más que un simple *epitome* de la historia romana, hay que reconocer en la obra de Orosio la primera y última historia política de Roma escrita desde el punto de vista cristiano<sup>11</sup>. Es más, se puede decir que Orosio logra resolver la fractura existente entre historia eclesiástica e historia política secular mediante una concepción unitaria que identifica la *Heilsgeschichte* o “historia sagrada” con la historia del hombre en todos sus aspectos<sup>12</sup>.

---

<sup>8</sup> Garrido González, E., “La interpretación de la barbarie al final de la Antigüedad”, *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla, 1994, p. 476.

<sup>9</sup> Dauge, Y.A., *Le barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*, Collection Latomus, vol. 176, Bruselas, 1981, p. 317.

<sup>10</sup> Cit. n. 7, pp. 104-105.

<sup>11</sup> Momigliano, A., “L’età del trapasso fra storiografia antica e storiografia medievale (320-550 d.C.)”, A. Momigliano (ed.), *Quinto Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, vol. 1, Roma, 1975, p. 66.

<sup>12</sup> Marchetta, A., “Aspetti della concezione orosiana della storia”, G. Urso (ed.), *Hispania Terris Omnibus Felicior. Premesse ed esiti di un processo di integrazione*, Pisa, 2002, p. 326.

Son pocos los datos que se conocen de la vida de Orosio<sup>13</sup>, de hecho ni siquiera se sabe con exactitud su lugar de origen: aunque las primeras hipótesis sitúan su nacimiento en la ciudad de Tarragona, hay quienes apuntan a partir de referencias indirectas que pudo ser oriundo de Braga o incluso de *Brigantia*<sup>14</sup>, ambas en *Galaecia*. Lo cierto es que en torno al año 414 se desplaza a África y visita a Agustín, huyendo de las invasiones bárbaras que asolaban por aquel entonces la Península y con el objeto de informarle sobre la dimensión que había llegado a alcanzar la herejía priscilianista en el seno de la iglesia hispana. Una vez en África, Agustín aconseja a Orosio que se dirija a Palestina con el fin de consultar a Jerónimo algunas cuestiones sobre el alma respecto a las cuales se declaraba incompetente. En el año 416 Orosio vuelve a África acompañando a las reliquias de San Esteban, encontradas hacía poco, y compone entonces por encargo de Agustín los *Siete libros de historias contra los paganos*, que fueron terminados al año siguiente (417)<sup>15</sup>. Después de esta fecha no se sabe nada de Orosio, aunque se cree que intentó volver a España para llevar al obispo de Braga las reliquias de San Esteban. No obstante este viaje terminó, sin que se sepan los motivos, en la isla de Menorca, donde el presbítero confió las reliquias a la iglesia de Mahón, regresando de nuevo – según reza una carta del obispo Severo – a África.

Las *Historiae Adversum Paganos* se encuentran insertas, tanto por su forma como por su contenido, dentro de la tradición historiográfica grecolatina y su carácter general las llevan a formar parte de las llamadas “Historias Universales”, que tanto éxito alcanzaron en época helenística y sobre todo durante el principado de Augusto<sup>16</sup>. La estructura de la obra y el discurso argumental responden a la doctrina de la sucesión de los imperios universales (II.1.4-6 y VII.2.1-12), que desde

---

<sup>13</sup> Reproducimos algunos apuntes biográficos expuestos por Sánchez Salor en su edición castellana de la obra de Orosio: *Historias. Libros I-IV*, Madrid, 1982, con abundante bibliografía.

<sup>14</sup> Janvier, Y., *La géographie d'Orose*, París, 1982, p. 178.

<sup>15</sup> Para algunos investigadores, sin embargo, la obra fue iniciada antes de su viaje a Palestina y concluida a la vuelta.

<sup>16</sup> Alonso-Núñez, J.M., “La transición del mundo antiguo al medieval en la historiografía. La primera historia universal cristiana: las *Historiae Adversum Paganos* de Paulo Orosio”, *De la Antigüedad al Medioevo. Siglos IV-VIII. III Congreso de Estudios Medievales*, Madrid, 1993, p. 146.

Herodoto hasta Agustín y Jerónimo, pasando por Diodoro o Pompeyo Trogo, viene interpretando la Historia como una sucesión de grandes imperios de carácter universal cuya hegemonía va transmitiéndose de unos a otros periódicamente<sup>17</sup>.

La novedad de Orosio dentro de esta corriente historiográfica estriba en que, frente a los demás historiadores, el presbítero hispano introduce a Cartago como sucesor de Macedonia y antecesor de Roma en la línea de transmisión<sup>18</sup>. De este modo, la sucesión de los imperios se realiza de oriente a occidente, siguiendo el sentido de los puntos cardinales: Babilonia al este, Macedonia al norte, Cartago al sur y Roma al oeste<sup>19</sup>.

Al margen de las características formales y estructurales de la obra, dependientes claramente de la tradición clásica, Orosio introduce un argumento original cuyo trasfondo refleja claramente el conflicto entre romanidad pagana y romanidad cristiana durante el último siglo del Imperio de Occidente<sup>20</sup>. La reacción pagana ante la situación de crisis que se vive a finales del siglo IV y, sobre todo, tras el saqueo de Roma del año 410, estimula el retorno a las viejas tradiciones e incita a una recuperación del culto a los antiguos dioses, sin cuya protección la ciudad había entrado en un proceso de decadencia<sup>21</sup>. Es dentro de este contexto donde Orosio, por consejo de Agustín, trata de mostrar que la decadencia de Roma no tiene nada que ver con el auge del cristianismo, es más, aprovecha el prólogo de su obra para demostrar que “los tiempos pasados no sólo fueron tan opresores como los actuales,

---

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 147 ss.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 150.

<sup>19</sup> Janvier, cit. n. 14, pp. 153-154. Para Janvier la sucesión de los imperios se encuentra fuertemente determinada por la geografía, dado que Orosio hace coincidir las cuatro monarquías universales con los puntos cardinales, que predominan en su esquema geográfico sobre cualquier otra orientación intermedia. Esta distribución de las monarquías universales según los puntos cardinales tiene, según Alonso-Núñez (cit. n. 16, p. 149), un claro precedente en Éforo de Cumas, quién introduce en sus *Historias* un esquema geoetnográfico a partir del cual sitúa a los indios al este, al norte los escitas, al sur los etíopes y al oeste los celtas.

<sup>20</sup> Martínez Cavero, P., “Los argumentos de Orosio en la polémica pagano-cristiana”, *Cristianismo y aculturación en los tiempos del Imperio Romano. Antigüedad y Cristianismo*, VII, Murcia, 1990, pp. 320-322.

<sup>21</sup> Marchetta, cit. n. 12, p. 323.



sino que aquéllos fueron tanto más atrozmente desgraciados cuanto más alejados estaban de la medicina de la auténtica religión” (*Prólogo*, 13-14)<sup>22</sup>. Con tal fin trae a colación las frecuentes desgracias que azotaron a la humanidad antes de la llegada de Cristo<sup>23</sup>, principalmente durante la República romana, un periodo que resultaba paradigmático para la historiografía y literatura paganas. Orosio contraponen frecuentemente, como en otro sentido también hiciera Estrabón en su *Geografía*<sup>24</sup>, un pasado de barbarie pagana con un presente en el que el cristianismo ha traído la salvación a los pueblos<sup>25</sup>. A pesar de todo, puede apreciarse en Orosio un cristianismo claramente compatible con la cultura tradicional romana. No olvidemos que para el presbítero hispano el auge de Roma responde a los designios divinos, pues Dios ha elegido este periodo para el nacimiento de su hijo, y ha sido precisamente este auge, favorecido por Dios, el que ha permitido la expansión universal del cristianismo<sup>26</sup>.

Es por ello que Orosio no transmite una imagen negativa de los pueblos conquistados por los romanos<sup>27</sup>. Según su particular punto de vista, el auge de Roma en época republicana coincide con la decadencia y la aniquilación de todos los pueblos sometidos a su yugo, por lo que no constituye un mérito del que sus ciudadanos deban enorgulle-

<sup>22</sup> Vamos a utilizar la traducción de E. Sánchez Salor: Orosio. *Historias. Libros I-IV*, Madrid, 1982 y Orosio. *Historias. Libros V-VII*, Madrid, 1983.

<sup>23</sup> Marchetta, cit. n. 12, pp. 335-336.

<sup>24</sup> Clavel-Leveque, M., “Les Gaules et les gaulois: pour une analyse du fonctionnement de la Géographie de Strabon”, *DHA*, 1, 1974, pp. 75 ss. Según esta autora Estrabón hace frecuentemente un uso ideológico de los conceptos “antes” (πρότερον) y “ahora” (νῦν οὐ νῦν) para demostrar la labor civilizadora de la presencia romana en el presente frente a un pasado anclado en la barbarie. Una intención similar encontramos en Orosio cuando enfrenta los tiempos antiguos (*maiorum suorum tempora, praeterita tempora*), es decir, los anteriores a la venida de Cristo, a los tiempos actuales (*nostra tempora, praesentia tempora*), en los que la verdadera fe ha sustituido al paganismo.

<sup>25</sup> Martínez Caveró, P., “Aproximación al concepto de tiempo en Orosio”, *Lengua e historia. Homenaje al Prof. Dr. Antonio Yelo Templado. Antigüedad y Cristianismo*, XII-*Scripta Fulgentina*, V, 1995, Murcia, pp. 256 ss.

<sup>26</sup> Martínez Caveró, cit. n. 20, p. 326. Según Marchetta (cit. n. 12, p. 337) esta visión providencialista de la universalidad política romana depende claramente de la influencia de Jerónimo, para quién existe una relación indisoluble entre el destino de Roma y el del mundo entero.

<sup>27</sup> Sánchez Salor, cit. n. 13, p. 22.

cerse, sino más bien todo lo contrario<sup>28</sup>: “Si se consideran felices aquellos tiempos porque en ellos aumentaron las riquezas de una sola ciudad, ¿por qué no se consideran más bien desafortunados porque en ellos desaparecieron poderosos reinos con lamentable pérdida de muchos y bien desarrollados pueblos? (...) Que dé Hispania su opinión de los tiempos en que, a lo largo de doscientos años, regaba con sangre todos sus campos en toda su extensión y no podía rechazar ni sujetar a un enemigo que lo turbaba todo a sus anchas por todas partes; de los tiempos en que ellos mismos, en sus distintas ciudades y lugares, rotos por los desastres bélicos y agotados por el hambre de los asedios, ponían, como remedio a sus desgracias, fin a su vida, enfrentándose y matándose unos a otros, tras haber ejecutado a su vez a sus esposas e hijos” (V.1.4 y 6).

Resulta evidente que Orosio manifiesta una especial consideración por el destino de los hispanos, principalmente cuando narra los sucesos acontecidos durante las guerras de conquista. Es el caso, por ejemplo, de la toma de Numancia, donde pone de relieve el valor de sus habitantes, que no solo luchan a la desesperada ante una derrota inevitable, sino que cuando se retiran “vuelven a la ciudad con sus filas en orden y no como si huyeran”, sin querer aceptar los cadáveres de los muertos que les fueron ofrecidos para sepultarlos (V.7.15)<sup>29</sup>. La dignidad de su estirpe queda reflejada, por ejemplo, en su actitud ante la derrota, pues “abocados ya todos a la muerte, con la última esperanza de los desesperados, prenden fuego ellos mismos por dentro a la ciudad cerrada y todos juntos perecieron bajo las armas, el veneno y el

---

<sup>28</sup> Martínez Caveró, cit. n. 20, p. 328.

<sup>29</sup> Orosio nos remite aquí, de forma indirecta, a una costumbre muy extendida entre los pueblos de la Celtiberia que ya había sido puesta de manifiesto por otros autores como Silio Itálico (3.340-343) o Claudio Eliano (X.22) y que la arqueología ha podido documentar a partir de las representaciones iconográficas sobre algunos vasos numantinos y sobre todo por la ausencia de evidencias funerarias en determinadas áreas de la región (Lorrio, A.J., *Los Celtíberos. Complutum, Extra-7*, Madrid, 1997, p. 345). Se trataba de un rito de exposición de los cadáveres, reservado a los caídos en combate y basado en la creencia de que las almas de los guerreros muertos durante la batalla eran transportadas al más allá por un buitre, animal sagrado y psicopompo, que devoraba sus miembros sin vida (*ibidem*, p. 348). Los griegos y romanos nunca llegaron a comprender esta costumbre, que según sus propias creencias concurría en sacrilegio, al no darle a los cadáveres el tratamiento que se merecen para acceder a la otra vida.

fuego” (V.7.16). La ambición romana se vio empañada, en cambio, por una victoria deshonrosa en la que no obtuvo esclavos ni botín, únicamente su propia seguridad; en efecto, afirma Orosio que una vez destruida la ciudad “ni siquiera consideraron que fueron ellos los vencedores, sino más bien que fueron los numantinos los que se escaparon” (V.7.17).

Nada más lejos de la imagen que transmiten otros autores anteriores como Polibio o Tito Livio<sup>30</sup>, cuyas obras han llegado hasta nosotros en un estado muy fragmentario pero que conocemos gracias a Apiano, quien acude sobre todo al primero para la elaboración de su *Historia Romana*<sup>31</sup>. Según Apiano los numantinos, agotados por el hambre, comenzaron a devorarse unos a otros hasta que finalmente una parte de la población se acabó entregando al general romano y el resto se dio muerte, cada uno a su manera, dentro de la ciudad. A continuación, Escipión, reservando cincuenta prisioneros para su triunfo, vendió a todos los restantes y arrasó la ciudad (*Iberica*, 95-98). No deja de mostrar también Apiano cierta condescendencia por la suerte de los numantinos, que optan por una muerte honrosa antes que vivir sometidos a los romanos; aunque en este caso debe entenderse más bien como uno de los *topoi* de la historiografía griega helenística, que tiende a resaltar la imagen del buen salvaje y el amor a la libertad que caracteriza a los pueblos bárbaros<sup>32</sup>. Orosio, por el contrario, siguiendo de cerca a Floro (1.34.11)<sup>33</sup>, propone un final más dramático que no cor-

---

<sup>30</sup> Según Martínez Gázquez (“Polibio fuente de Tito Livio en los acontecimientos hispanos”, *Ampurias*, 36, 1974, pp. 235-247), Tito Livio debió utilizar la obra de Polibio como fuente básica para la redacción de los episodios hispanos de la segunda guerra púnica y posiblemente también para las guerras de conquista, hasta la toma de Numancia.

<sup>31</sup> Sancho Royo, A., *Apiano. Historia Romana*, Madrid, 1982, pp. 14-16.

<sup>32</sup> Gómez Espelosín, F.J., “La imagen del bárbaro en Apiano. La adaptabilidad de un modelo retórico”, *Habis*, 24, 1993, pp. 114 ss.

<sup>33</sup> Zecchini, G., “*Hispania semper fidelis*: il rapporto degli Spagnoli verso Roma in età imperiale”, M. Sordi (ed.), *Autocoscienza e rappresentazione dei popoli nell'Antichità*, Milano, 1992, p. 273, frente a Lippold (Orosio, *Le storie contro i pagani*, vol. 1, Milán, 1976, pp. XXXVII-XXXVIII) quién, en cambio, no cree probable que Orosio consultara directamente las obras de Eutropio y Floro, sino un compendio de la obra de Livio que habría servido de fuente común a los epitomadores de edad tardía.

responde con la versión clásica procedente de Polibio, quien seguramente presencié personalmente estos hechos.

Encontramos otro ejemplo en el exterminio de los lusitanos que habitaban al norte del Tajo, cuyo ejército fue aniquilado por orden de Sergio Galba una vez entregadas las armas y tras haberse rendido voluntariamente (IV.21.10); o en el obstinado sometimiento de los vacceos, “pueblo inofensivo y suplicante”, que costó al procónsul Lépido grandes pérdidas entre sus tropas (V.5.13). Por lo que respecta a las campañas contra Viriato (V.4.1-7 y 12), Orosio no desarrolla un relato monográfico tal como encontramos en otros testimonios anteriores, Diodoro y Apiano principalmente, que siguen directamente a Polibio y Posidonio. Tampoco se detiene en la figura del caudillo lusitano, convertido por la historiografía en paradigma de la resistencia hispana, aunque aprovecha la ocasión para enumerar brevemente las victorias que infligió durante catorce años en el ejército romano, poniendo de relieve la incapacidad de sus generales para hacerle frente (V.4.14). Orosio pretende demostrar con estos hechos que tanto para unos como para los otros aquellos tiempos hay que considerarlos nefastos “por cuanto los hispanos, aunque habían conseguido vencer, tuvieron, sin embargo, que abandonar, en contra de su voluntad, su dulce descanso y soportar guerras con extranjeros; y los romanos fueron derrotados tanto más vergonzosamente cuanto más desvergonzadamente se metieron con la tranquilidad ajena” (V.5.16).

En el contexto de las guerras contra Sertorio (V.23.1-6) Orosio destaca la lealtad de los hispanos como una de las principales cualidades que caracterizan a este pueblo<sup>34</sup>. En su opinión, “Hispania, siempre enormemente fiel y poderosa, nunca, desde sus orígenes hasta hoy, a pesar de haber dado al estado romano extraordinarios e invictos generales, ha enviado, nacido de ella, ningún usurpador, ni tampoco, si llegó alguno de fuera, le ha dejado salir vivo y con fuerzas” (V.23.16). ¿Puede ser considerado éste un elogio indirecto a los emperadores nacidos en la Península? Es probable, sobre todo si tenemos en cuenta el lugar destacado que ocupa en el libro VII la figura de Teodosio, por quién muestra una evidente simpatía, tal como se desprende de sus

---

<sup>34</sup> Lealtad a la que ya aludió anteriormente al narrar la resistencia y posterior caída de Sagunto, aliada de Roma, durante el asedio llevado a cabo por Aníbal en la segunda guerra púnica (IV.14.1-3).

propias palabras: “si bien en todas las virtudes propias de los hombres Teodosio era semejante a Trajano, por la fe que había jurado y por la religión que profesaba le aventajaba sin ninguna posibilidad de comparación” (VII.34.3)<sup>35</sup>. En cualquier caso este último pasaje debería ser interpretado, más bien, como un testimonio de la fidelidad de Orosio hacia la dinastía reinante en su época, que había asegurado el triunfo del cristianismo<sup>36</sup>, y no como una exaltación de su origen hispano.

No ocurre lo mismo con la campaña cantábrica de Augusto. En este caso los cántabros y astures son dibujados como pueblos crueles y feroces por naturaleza (VI.21.8), hasta tal punto que los primeros, ante la incapacidad de entablar un combate en el asedio final, optaron por el suicidio antes que verse reducidos a la esclavitud. Contradictoriamente Orosio no contempla en esta alternativa una actitud honrosa frente a la derrota, sino una resolución en cierto sentido cobarde y desesperada<sup>37</sup>. De hecho, frente a la visión que ofrece de otros pueblos subyugados por Roma, como los numantinos o los lusitanos, Orosio reprocha a los cántabros y astures que “no sólo estaban dispuestos a defender su propia libertad, sino que se atrevían también a arrebatar la de los pueblos vecinos, asolando con frecuentes incursiones los territorios de vacceos, turmogos y autrigones” (VI.21.3). ¿A qué se debe este giro en su imagen del bárbaro? Orosio considera las guerras cántabras como un preámbulo del periodo de paz en el que tiene su inicio la Era Cristiana<sup>38</sup>. Su victoria es, por tanto, aplaudida, pues “reportó la honra de

---

<sup>35</sup> De este modo Orosio continúa de alguna manera el elogio a los emperadores hispanos iniciado años atrás por Floro, que escribe en época de Adriano o poco después (Zecchini, cit. n. 33, p. 270), y sobre todo por Pacato y Claudiano, en cuyos panegíricos se refleja la voluntad de Teodosio y su familia por distinguir a su patria de origen e implicarla en su propia gloria, asignándole un lugar de prestigio entre los componentes etnográficos del Imperio (*ibidem*, p. 272).

<sup>36</sup> Alonso-Núñez, J.M., “Orosius on Contemporary Spain”, C. Deroux (ed.), *Studies in latin literature and roman history*, vol. V, Bruselas, 1989, p. 494.

<sup>37</sup> Zecchini (cit. n. 33, pp. 273-274), en cambio, piensa que la narración de las guerras cántabras están llenas de admiración hacia los cántabros y astures, que son vistos como los últimos e irreductibles adversarios de Roma.

<sup>38</sup> Martínez Caveró, cit. n. 20, p. 329. Orosio reinterpreta toda una serie de conceptos presentes en la historiografía clásica para distinguir la monarquía de Augusto como paradigma de paz y de unidad. No en vano, fue éste el momento elegido por Dios para enviar a su Hijo y dar inicio así a la salvación, aprovechando la “paz de Augusto” para que “corriese, sin peligro y rápidamente, la gloria de la buena nueva y

poder ordenar también entonces que se cerraran las puertas de la guerra. De esta forma, gracias a César, el templo de Jano se cerró entonces por segunda vez, y por cuarta desde la fundación de la ciudad” (VI.21.11).

Por lo tanto, no creemos que esta imagen benévola y compasiva del hispano responda a un “ferviente patriotismo”, como en ocasiones se ha llegado a pensar<sup>39</sup>, sino más bien al interés de Orosio por deslegitimar la política imperialista romana durante la República y, en esencia, destacar los males que castigaban a la humanidad antes de la llegada de Cristo. Al contrario, se puede decir que las alusiones a los pueblos indígenas son más bien escasas y muy pobres en lo que se refiere a su contenido etnográfico. Los hechos hispanos hacen aparición a lo largo de los seis primeros libros únicamente en conexión con los principales acontecimientos de la historia romana, omitiéndose cualquier referencia a momentos anteriores a la segunda guerra púnica<sup>40</sup>.

---

la rápida fama de la anunciada salvación; e incluso para que, al ir sus discípulos por todas partes (...) tuviesen, como ciudadanos romanos que eran, segura libertad para acercarse y discutir entre ciudadanos romanos” (VI.1.8). Con la llegada de Cristo tienen su inicio los *tempora christiana*, que han de prolongarse hasta la segunda venida del Mesías. Orosio confiere de este modo a la Historia un carácter teleológico y providencial al participar de un plan divino que tiene como final la salvación.

<sup>39</sup> Torres, C., “La historia de Paulo Orosio”, *RABM*, 61, 1955, pp. 133-134, quién afirma incluso que “Orosio es el historiador antiguo, y quizá de todos los tiempos, que más ha contribuido a enaltecer el valor y el amor a la independencia del pueblo gallego”; Menéndez Pidal, R., “Introducción”, *Historia de España*, II, *España Romana*, Madrid, 1955, pp. XXXVI-XXXVII; Fink, G., “Recherches bibliographiques sur Paul Orose”, *RABM*, 58, 1952, pp. 271-272. Frente a ellos encontramos, por ejemplo, las tesis de Sánchez Alonso, B., *Historia de la historiografía española*, Madrid, 1947, p. 63 y Manuel de Castro, P., “El hispanismo en la obra de Paulo Orosio: *Historiarum Adversus Paganos, Libri VII*”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 28, 1954, pp. 193-250, para quienes el carácter universalista de la obra de Orosio se contradice con cualquier atisbo de nacionalismo y patriotismo que se pretenda leer entre líneas. Alonso-Núñez (cit. n. 36, p. 506) habla, en cambio, de un cierto nacionalismo compatible con la fidelidad hacia Roma. Según Martínez Cavero (cit. n. 20, p. 326), “no podemos ir más allá de apreciar en Orosio ciertos rasgos de patriotismo local, pero de ningún modo podemos olvidar sus planteamientos historiográficos: los beneficios que la unidad política del Imperio trae a la difusión del cristianismo (VI 1, 8), y el plan de las cuatro monarquías universales en el que no cabe nada que pueda sustituir a Roma”.

<sup>40</sup> Aunque Orosio procura ser fiel al modelo de las historias universales, acaba centrando inevitablemente su atención en la historia de Roma. De hecho, la propia

Para empezar, los excursos geográficos son realmente exiguos, a excepción del libro I, donde Orosio realiza una breve descripción de la ecúmene como introducción a la narración histórica<sup>41</sup>. Ello se debe al carácter compilador de las *Historias*, que sintetizan los principales acontecimientos de la historia universal, y a sus propios planteamientos providencialistas, según los cuales los pueblos sólo se pueden encontrar determinados por los designios divinos y no por el lugar que ocupan en el orbe. Una vez que la práctica totalidad de la ecúmene había pasado a formar parte de Roma y se tenía un conocimiento más o menos exhaustivo de sus diferentes regiones, la geografía descriptiva deja también de ocupar el lugar privilegiado que se le había otorgado en época helenística, como instrumento de reflexión geopolítica y geohistórica, para convertirse en un género literario sin una funcionalidad específica<sup>42</sup>. Orosio manifiesta, de este modo, un claro desinterés por la caracterización física y humana de las diferentes regiones, especialmente en lo que se refiere a las particularidades topográficas, a la información climática o biogeográfica y a la descripción de los modos de vida y costumbres de los distintos pueblos<sup>43</sup>. En este sentido la Península Ibérica no parece ser una excepción, a pesar de ocupar un lugar privilegiado dentro de su descripción de Occidente<sup>44</sup>.

---

estructuración general de la obra, sobre la base de los cuatro imperios universales, gira en torno al imperio más grande de todos ellos, el romano, que se convierte a la sazón en un punto de referencia (Sánchez Salor, cit. n. 13, pp. 38-39 y 41).

<sup>41</sup> En opinión de Janvier (cit. n. 14), la información geográfica aportada por Orosio debe ser valorada en su justa medida y dentro del contexto de la obra para la que fue escrita. Sin embargo y a pesar de la trascendencia que llegó a alcanzar durante la Edad Media tanto entre los escritores cristianos (Beda el Venerable o Alfredo el Grande, por ejemplo) como entre los musulmanes (*vid.* Molina, L., "Orosio y los geógrafos hispanomusulmanes", *Al-Qantara*, 5, 1984, pp. 63-92), no creemos que la contribución de Orosio como geógrafo pueda equipararse a la de historiadores y geógrafos de la talla de Eratóstenes, Polibio o el propio Ptolomeo.

<sup>42</sup> Cordano, F., *La geografia degli antichi*, Roma-Bari, 1992, pp. 181 ss.

<sup>43</sup> Janvier, cit. n. 14, pp. 172 ss.

<sup>44</sup> Orosio presta mayor atención a la mitad occidental del Imperio que a su parte oriental, cuando lo lógico sería todo lo contrario, dado el peso específico con el que cuenta la tradición bíblica en la historiografía cristiana. En este caso ello sí pudo deberse al origen hispano del presbítero, que le indujo a conceder un tratamiento de favor a las regiones de Occidente con respecto al resto del Imperio; y dentro de Occidente, a destacar a unas provincias sobre otras, como la propia Hispania, Galia, Sicilia o el África Proconsular (*ibidem*, pp. 181-184).

La Turdetania, por ejemplo, que se había convertido en un lugar común de la historiografía tardohelenística, no aparece mencionada en ningún momento, haciéndose referencia únicamente a su sucesora histórica, la *Hispania Ulterior*<sup>45</sup>. Orosio omite los tópicos habituales acerca de Tartesos, que aún continuaban circulando por la literatura común, y sólo cita explícitamente a *Gades* en el *Prólogo* (I.2.7, 72 y 74), donde describe de forma somera los límites de la provincia. Por añadidura, las únicas ciudades de la Bética que se indican en la obra son Itálica, dentro del contexto de las guerras sertorianas (V.23.10) y Munda, donde César derrota definitivamente a los ejércitos de Pompeyo (VI.16.9).

Lo mismo se puede decir de la *Hispania Citerior*. Cartagena, por citar algunos casos, sólo aparece mencionada en el *Prólogo* (I.2.73) como límite entre las dos “Hispanias”, mientras que Tarragona y Barcelona, ausentes de la descripción de la *Hispania Citerior*, sólo aparecen posteriormente para dar una idea respectiva de la posición de las Islas Baleares<sup>46</sup>. El resto de las ciudades son omitidas de forma sistemática salvo en los casos en que son necesarias para localizar acontecimientos concretos, como ocurre en el contexto de las guerras numantinas.

Por lo que respecta a los *praeterita tempora*, las noticias sobre Hispania se limitan, en resumen, a los diferentes eventos de la segunda guerra púnica, como la destrucción de Sagunto por Aníbal (IV.14.1-3), las campañas de los Escipiones (IV.14.9; IV.16.13-14), la muerte de Gneo y Publio Escipión a manos de Asdrúbal (IV.17.12-13), la llegada de Escipión Africano y la conquista de *Carthago Nova* (IV.18.1) y la definitiva expulsión de los cartagineses de la Península (IV.18.7 y 17); a algunos episodios puntuales de las guerras de conquista (IV.20.10, 16, 19, 23 y 31-33; V.5.12-15); las guerras celtibéricas (IV.21.1-2;

---

<sup>45</sup> Desde el punto de vista administrativo Orosio emplea la división provincial en *Hispania Ulterior* e *Hispania Citerior*, remontándose posiblemente a fuentes anteriores a las reformas llevadas a cabo por Augusto durante los primeros años del principado, en las que la *Ulterior* se divide en *Lusitania* y *Bética* y la *Citerior* pasa a denominarse *Tarraconense* (vid. Pérez Vilatela, L., “Estrabón y la división provincial de Hispania en el 27 a.C.”, *Polis*, 2, 1990, pp. 99-125).

<sup>46</sup> Janvier, cit. n. 14, p. 191. Orosio sólo menciona como norma general a las poblaciones que se encuentran a orillas del mar y que constituyen puntos de referencia obligados a la hora de trazar el cuadro regional; o bien aquellas que, aún situadas al interior, cumplen la misma función diagramática (*ibidem*, p. 190).



IV.4.13 y 20-21; V.5.1-6 y 10-11; V.7); las guerras lusitanas (IV.21.3 y 10; V.4.1-6, 12 y 14), las guerras sertorianas (V.19.9; V.23.1-16; V.24.16-18; VI.2.12), el conflicto entre César y los hijos de Pompeyo (VI.15.6-7; VI.16.6-9) y finalmente la completa pacificación de las provincias hispanas tras la intervención de Augusto (VI.21.1-11; VI.21.19-21).

Por lo que se refiere a los *nostra tempora* Orosio se detiene únicamente en los acontecimientos que precedieron y sucedieron a la invasión bárbara de Hispania en el año 409, mostrando un escaso interés por los sucesos que transcurrieron desde la completa pacificación de la provincia durante el principado de Augusto hasta su propio tiempo. De hecho, a excepción de una brevísima referencia a la sublevación de Galba (VII.7.13-18.3), al origen hispano de los emperadores Trajano y Teodosio (VII.12.1; VII.34.2) y a las invasiones germanas en época de Galieno (VII.22.7-8), Hispania no vuelve a aparecer mencionada hasta la usurpación de Constantino III en el año 407 (VII.40.4). Su hijo, Constante, se enfrentó en Hispania a la única oposición representada por los nobles Dídimio y Veriniano, fieles a Honorio<sup>47</sup>, permitiendo la entrada a través de los Pirineos a las tropas auxiliares de bárbaros que se habían sumado a su ejército (VII.40.5-10). Con este acontecimiento se da inicio a las sucesivas invasiones que asolaron la Península durante el siglo V. Dídimio y Veriniano, convertidos en los últimos bastiones de la resistencia hispana, aparecen retratados por Orosio como prueba póstuma de la lealtad del país hacia Roma y de fidelidad a su emperador<sup>48</sup>, con un tono similar al empleado en la narración de las guerras sertorianas.

En último lugar Orosio relata la expulsión de los godos que ocupaban la Galia y su posterior traslado a Hispania, donde se acabaron instalando en el año 414 (VII.43.1). Después de firmar una paz con el emperador Honorio, Valia, último rey godo mencionado por Orosio,

---

<sup>47</sup> Se trata del círculo familiar del emperador, por lo general grandes *possesores* de la *Tarraconense* que Teodosio había favorecido mediante la concesión de cargos públicos con el objeto de asegurar el éxito de su política en la administración del Imperio (AA.VV., *Historia de España Antigua*, II, *Hispania Romana*, Madrid, 1995, pp. 515-516). No es de extrañar, por tanto, la acérrima oposición de estos provinciales a la usurpación de Constantino, que hacía peligrar sus propios intereses personales (Arce, J., *El último siglo de la España romana: 284-409*, Madrid, 1986, pp. 152-153).

<sup>48</sup> Alonso-Núñez, cit. n. 36, p. 498.

inicia una serie de campañas contra los pueblos que se habían asentado anteriormente en la Península con el fin de conseguir una paz duradera para la diócesis y para Roma (VII.43.13-15). Con este acontecimiento, que tuvo lugar hacia el año 418, da Orosio por concluida su obra, no sin antes señalar de nuevo los felices resultados que los tiempos cristianos habían aportado a la humanidad, si los comparamos con los confusos siglos de impiedad y oscuridad que antecedieron a la llegada de Cristo (VII.46.16-19).

A pesar de su indudable dramatismo, Orosio trata de relativizar los hechos contemporáneos, que no pueden ser más graves que otras penalidades sufridas en el pasado. Según sus propias palabras, “no se trata de nada nuevo, ya que durante estos dos años en que las armas enemigas han actuado con crueldad, los hispanos han sufrido de manos de los bárbaros lo que sufrieron durante doscientos años de manos de los romanos” (VII.41.2). Frente a la visión pesimista que ofrece Hida-cio<sup>49</sup>, y sin pasar por alto los estragos producidos por los frecuentes saqueos y destrucciones, inevitables en cualquier episodio de este tipo, Orosio destaca la rapidez con que los bárbaros decidieron abandonar las armas y dedicarse a la agricultura, respetando a los romanos que habían permanecido en Hispania y facilitando la salida a todos los que quisieran huir a otra provincia (VII.41.5-7).

El perfil que Orosio ofrece del bárbaro en los *tempora christiana* se contradice, no obstante, con el talante mostrado en los seis primeros libros de sus *Historias*. En tales circunstancias históricas la identificación entre Iglesia e Imperio<sup>50</sup> y el propio origen provincial – que es lo mismo que decir romano – del presbítero le hacen heredero de la doctrina tradicional de la barbarie y de toda una serie de prejuicios de los que no logrará desembarazarse plenamente. Ahora el bárbaro ya no es el hispano o el galo, sino *el otro*, el godo, el germano, que estaba poniendo en peligro la estabilidad del Estado. Pese a todo Orosio entiende que la providencia divina ha permitido a los bárbaros asentarse

---

<sup>49</sup> Sanz Huesna, F.J., “Repercusiones de la invasión de 409 en la población hispanorromana”, F. Beltrán (ed.), *Antiqua Iuniora. En torno al Mediterráneo en la Antigüedad*, Zaragoza, 2004, pp. 212-213; también Beltrán Torreira, F.-M., “El concepto de barbarie en la Hispania visigoda”, *Los visigodos. Historia y civilización. Antigüedad y Cristianismo*, III, Murcia, 1986, pp. 54-55.

<sup>50</sup> No olvidemos que fue precisamente la unidad política del Imperio la que según Orosio favoreció la expansión del cristianismo.

en el *orbis romanus* para que puedan tener acceso a la verdadera fe, llenando las iglesias de nuevos creyentes (VII.41.8-9)<sup>51</sup>. Ello justifica sobradamente el cambio de actitud que se refleja en los últimos capítulos y que deja la puerta abierta a una nueva concepción de la barbarie “más completa, más fecunda, aunque salvaguardando toda la sustancia de la larga experiencia de Roma, sin la cual ella sería inconcebible”<sup>52</sup>.

En conclusión, la imagen que se pretende mostrar de Hispania y los hispanos en las *Historiae Adversum Paganos* es a todas luces más positiva frente al cliché de belicosidad y barbarie que aún coexistía en la literatura histórica común junto con otros tópicos consolidados como la fertilidad del territorio y la bondad del clima<sup>53</sup>. Tópicos procedentes de la geografía y etnografía helenística que nacieron en un contexto en el cual Hispania, apenas pacificada, no había sido integrada aún en la civilización romana<sup>54</sup>.

No creemos, sin embargo, que esta imagen pueda interpretarse como un rasgo de “nacionalismo” o “patriotismo” en la conciencia del presbítero hispano. Si hay muestras de localismo en su actitud benévola hacia el indígena, éste se encuentra subordinado sin duda alguna a los objetivos providencialistas de la obra y a su propia concepción de la Historia. El hispano, como el resto de las naciones del orbe, no fue más que una víctima de las calamidades que acechaban a la humanidad antes del nacimiento de Cristo. Las guerras, las enfermedades, las catástrofes naturales, la caída de los imperios se convierten en manifestaciones de la miseria del hombre, son el justo castigo por sus pecados, que tienen su causa primera en el mayor de todos, el pecado de Adán y la expulsión del Paraíso<sup>55</sup>. Orosio se había atribuido la tarea de pasar revista a todas las desgracias que marcaron la historia humana durante los *praeterita tempora*, aunque hace hincapié sobre todo en la historia romana y más particularmente en los tiempos de la República. Necesitaba, en definitiva, “reescribir la historia romana, sobre todo

---

<sup>51</sup> Garrido González, cit. n. 8, p. 483.

<sup>52</sup> Dauge, cit. n. 9, p. 376.

<sup>53</sup> Gómez Espelosín, F.J. y otros, *La imagen de España en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1995, p. 59.

<sup>54</sup> García Fernández, F.J., *Los turdetanos en la historia. Análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Écija (Sevilla), 2003, p. 131.

<sup>55</sup> Marchetta, cit. n. 12, p. 328.

contra Livio, contra su glorificación e idealización de la Roma republicana sobre la cual se erigían masivamente los paganos nostálgicos del pasado”<sup>56</sup>. La imagen de Hispania en Orosio dependerá, por lo tanto, de sus propios planteamientos apologéticos y providencialistas, así como de la perspectiva ecuménica y universalista que caracterizará al pensamiento cristiano, sobre todo a partir de Agustín de Hipona, frente a la antítesis barbarie-civilización en la que permanecía anquilosado el pensamiento histórico pagano<sup>57</sup>.

---

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 338.

<sup>57</sup> Momigliano, cit. n. 5, pp. 29-30.